



LAS RUINAS TAMBIÉN CONSTRUYEN

Un recorrido por diferentes lecturas sobre el Mayo Francés con motivo de cumplirse un nuevo aniversario. Rotos los ideales de emancipación, y ante el vacío promovido por el capitalismo voraz, un puente se tiende entre esos acalorados días y la actualidad: la necesidad de pensar nuevas maneras de hacer política y reformular lo establecido.

POR FLORENCIA E. GONZÁLEZ

Es habitual multiplicar análisis cuando se cumple un nuevo aniversario del denominado *Mayo Francés*. Resulta estimulante recordar acontecimientos que parecieron cambiar el rumbo del sistema aunque nada de eso pasara. La arbitrariedad de los números fuerzan relaciones, racontos o continuidades, pero asumiendo que la historia tiene sus ritmos y lugares de paso, las compuertas se abren de par en par en 1968 y deja vislumbrar una coyuntura que jaquea los presupuestos dados y que requiere de nuevos corpus teóricos y prácticos para pensar las relaciones de poder.

La generación de jóvenes de los años 60 no encuentra respuestas y sale a la calle. Pueden no ser muy claras las preguntas pero sí está claro que desprecian lo establecido tanto como las teorías, las tradiciones y las viejas fórmulas. Desean tanto despegarse del pasado que el futuro también se quiebra en un abismo. Pasado y futuro amontonan fracaso como adoquines bajo sus pies. Ruina sobre ruina, solo resta lanzar piedras al aire y ver qué pasa.

Sin confianza en el pasado ni en el futuro, el tiempo no se detiene, bien que le gustaría y poder despertar a los muertos, recomponer los destrozos, empezar de nuevo subsanando los errores y creyendo nuevamente en poder hacer de este mundo uno más justo con instituciones menos viciadas y un Estado fuerte, pero sin burocracia ni represión. O tal vez reprogramar un mundo sin Estado ni fronteras, una organización que no se base en el mercado ni en la ley del más fuerte. Coordinar esa crítica con un proyecto político sería tener demasiada certidumbre en el futuro. A pesar del espectral bienestar económico, el porvenir es un paisaje negro de habitantes presos en normas e instituciones bobas, enfermas de pasividad y encierro. Una sociedad



pacata que se escuda en los viejos roles para mantener las apariencias de un sistema agotado. Un panorama anclado en funciones desgastadas que buscan calma en el aparato consumista.

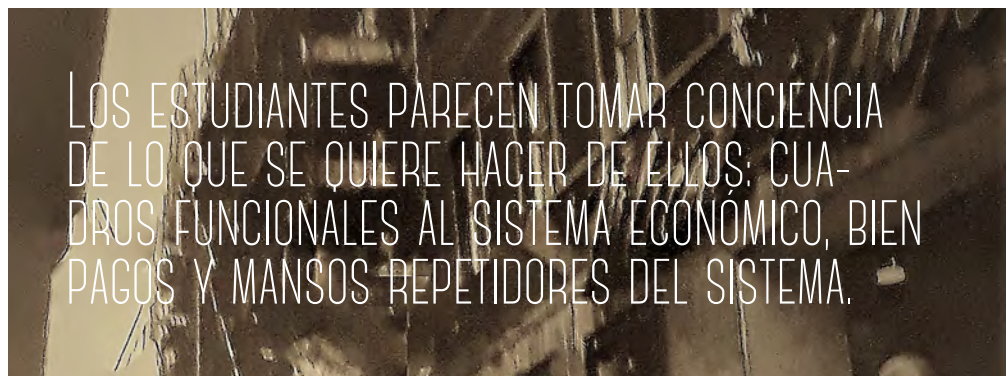
La vida es “aquí y ahora”, suspendida como piedra lanzada al aire. La contingencia, el devenir o el encuentro fortuito es un flujo que entrama la experiencia, instante donde surge lo inmanente y la acción reina. Oleadas de estudiantes y obreros en la universidad y la fábrica se vuelcan a las calles portando diferencias de clase pero coincidiendo en la necesidad de llamar la atención al mundo. ¿Cambiarlo? No parece haber consenso en un propósito tan pretencioso, pero sí coinciden en actuar.

Los jóvenes ponen el cuerpo pues está claro, la acción pasa por el cuerpo. No quieren seguir repitiendo el drama cuyo argumento es defender fronteras y nacionalismos a pura bomba detonada de un lado a otro del mundo. Los modelos conocidos que habitan en libros han fracasado, y los que no, resultan caducos en la práctica, han fallado en la teoría, o en ambos terrenos. ¿A qué aferrarse si se multiplica la rabia al mismo ritmo que la desigualdad y la impaciencia?.

Los años 60 radicalizan un tipo de experiencia política que cuestiona el orden capitalista. Época agitada, plagada de rupturas y nuevas ligazones, en la vieja Europa y

EE. UU. como en los países del Tercer Mundo los hechos se suceden como en un derrumbe: la progresiva descolonización de Asia y África, la Guerra de Argelia, la *Revolución Cultural* de Mao, el asesinato del Che en Bolivia. Desde luego, toda historia pide su clímax y ese clímax es el *Mayo Francés*. El estallido obrero-estudiantil en París en 1968, más allá de las lecturas eurocéntricas que podrían forzarse o naturalizarse a realizar, resulta una bisagra en la historia reciente anunciando el fin y el comienzo de una era. Ese año sucede el asesinato de Martin Luther King y Robert F. Kennedy, la *Masacre de Tlatelolco*, la *Primavera de Praga*, la Resistencia vietnamita que recrudeció la guerra y las revueltas de estudiantes y obreros en países centrales como en Berlín y Los Ángeles, además de la renombrada en París. La crítica a los valores burgueses se extiende a todas las instituciones empezando por el Estado. Es nuevo el escenario. No tanto por hacer tambalear al capitalismo sino porque el ideario de izquierda luce gastado. Y más desteñido aún con los tanques soviéticos entrando por la Plaza Wenceslao en Praga reprimiendo a la sociedad civil, aplastando cientos de personas con más de 70 muertos y sofocando la “primavera” que intentaba un “socialismo con rostro humano”. Alexander Dubček, que propone un socialismo democrático en Checoslovaquia, una versión no totalitaria del régimen





LOS ESTUDIANTES PARECEN TOMAR CONCIENCIA DE LO QUE SE QUIERE HACER DE ELLOS: CUADROS FUNCIONALES AL SISTEMA ECONÓMICO, BIEN PAGOS Y MANSOS REPETIDORES DEL SISTEMA.

soviético, llama a resistir sin armas y fracasa estrepitosamente. Ante el temor de vitalizar el germen de una “una tercera vía” en el mundo, fue leído por Occidente como una amenaza más peligrosa que el comunismo.

Hecho añicos

La Universidad de Nanterre, creada en 1964 en las afueras de París, enciende la mecha. Cuestionar los modos de enseñanza y los contenidos transmitidos significa discutir el corazón mismo de la sociedad. Apuntar a las maneras de crear conocimiento rediseña los marcos de saberes legitimados y apunta al núcleo de teorías y prácticas con sus lógicas de forma y contenido, a las políticas que las financian y a los imaginarios que construyen, estableciendo verdades y lenguajes.

Los estudiantes parecen tomar conciencia de lo que se quiere hacer de ellos: cuadros funcionales al sistema económico, bien pagos y mansos repetidores del sistema. Los profesores se niegan a enseñar según intereses de la burguesía y convertir sociólogos en fabricantes de slogans, a matemáticos, de estadísticas, a diseñadores al servicio de campañas electorales, a psicólogos en expertos en armadores de “equipos” o a abogados en asesores contra trabajadores.

Adhieren a las protestas la Universidad de la Sorbona y luego los estudiantes en general. La CGT francesa, el PCF conjuntamente con los sindicatos y la izquierda organizada suman fuerzas logrando numerosas manifestaciones, más tomas de universidades y huelgas con “obreros y estudiantes” mancomunados. El Paro General el 24 de mayo de 1968 corona la gesta. Se calcula que más de nueve millones de personas estuvieron en la calle convulsionando París. Sin una orientación política definida se crea una gran fuerza revolucionaria, pero sin que el peso de la lucha estuviera focalizado en la toma de poder, ni siquiera en derrocar a De Gaulle.

Esas mismas calles fueron testigo de la Revolución Francesa, las revueltas de 1848, la Comuna de París en 1871, y de la ocupación nazi. Su “destrucción” intenta barrer con su propia historia en una lucha estética por el espacio, por reconfigurar ciudades que no privilegien el mercado y la máquina. Romper París es perder el respeto a su majestuosidad, a su elegante art nouveau y arquitectura de nobleza con ideales republicanistas. En ese espacio, el *Mayo Francés* inaugura una gran energía social en movimiento circular: la acción promoviendo la creación y la creación asentada sobre la destrucción creativa cimentando un ordenamiento nuevo de las cosas. Crear y destruir como parte de la misma lógica activa: una nueva dimensión de lo colectivo, una más espontánea y más volátil con la improvisación y el azar como método inspirador y el escenario urbano como un paisaje de desintegración política y simbólica.

Los adoquines desordenan la calle y se amontonan en las barricadas. Todo sirve: palos, piedras, señales viales y automóviles dados vuelta. Los carruajes son y han sido un obstáculo muy útil. Pero destruir autos y utilizarlos para obstruir contiene más de un significado. Es el símbolo del individualismo y de la floreciente industrialización que está viviendo el mundo capitalista con el petróleo en el centro de la escena macroeconómica y los sindicatos de la Fiat y la Renault en pie de lucha.

La violencia erige su fulgurante estética. En el mes rabioso de mayo se vivió una intensa sensación de fuerza en la multitud expresada de diversas maneras, sin conducción definida y con ausencia de armas de fuego. Una meticulosa aniquilación artesanal renueva tácticas de guerrilla urbana en búsqueda de un sujeto revolucionario.

París no lucha sola. En Alemania, el 1 de mayo, decenas de miles de estudiantes y obreros se encontraron juntos por iniciativa de la SDS en la primera manifestación anticapitalista que Berlín conoce después del nazismo. El “puñado de agitadores”, el “grupúsculo” —tal como lo calificó De Gaulle— se convirtió en movimiento de masas.



A diferencia de Praga, en París las instituciones políticas y sus leyes presienten su decadencia y con ella, la ruina universal. Deciden cambiar, ceder algo para que nada cambie. Intuyen que con renovada vileza llegarán a tocar nuevamente los corazones ciudadanos. Y no se equivocan. De Gaulle, ante una crisis sin precedente, no encuentra la punta del ovillo pero arriesga. Disuelve la Asamblea General y llama a elecciones luego de una marcha multitudinaria a su favor con hombres mustios de traje y mujeres a la moda con bandera francesa en mano. Llenan las inmediaciones de la zona más paqueta de París, por la avenida Champs Elysée rodeando el Arco del Triunfo.

A pesar de las manifestaciones, huelgas y la unión de obreros y estudiantes en contra del sistema, De Gaulle gana las elecciones y se legitima una vez más en el poder. ¿Es preciso que se diga que lo que queda de la vieja política es debatir entre formas de opresión con una animosidad que los gobernantes se ven forzados a mantener para proyectar el fantasma de orden? ¿Será que la brecha que abre 1968, o los años 60 en general, nos pone 50 años después ante un juego de espejos que nos proyecta al vacío?

Estado de malestar

Los estudiantes de los años 60 no son pacifistas, por qué lo serían si se juzgaba la lucha necesaria a pesar y también por causa de la represión proveniente de un desprestigiado Estado. Las instituciones son cuestionadas al calor desproprietario de Bakunin. Algunas prácticas anarquistas comienzan a ensayarse, como la asamblea permanente, estrategias novedosas de comunicación, argumentos para explicar la crisis de las

instituciones públicas y privadas, el ejercicio de la democracia directa y de la estructura horizontal. En el fragor de estas experiencias nacen los movimientos sociales —como los que bregan por derechos de las minorías, mujeres o ecología— que asoman en la nueva escena política. El surgimiento de nuevas organizaciones tiene como objetivo la concientización y la promulgación de leyes, pero no persigue un programa partidista para la toma del poder. Proceden de manera horizontal, sin fronteras ni líderes unívocos. Coinciden en la crítica al Estado, a sus formas jerárquicas y opresivas, y en un fuerte cuestionamiento al capitalismo por ser el garante silencioso o estrepitoso de otras formas de opresión, crítica que se extiende al rechazo del régimen soviético.

De las lecturas que dejan los acontecimientos de 1968, algunos ven en esos sucesos un modelo esperanzador, otros ven el principio del fin del régimen comunista, el comienzo de la globalización y la agonía de los ideales de emancipación. Es al menos curioso que pensadores más conservadores ante los problemas de hoy juzguen culpable al legado del *Mayo Francés*. Se lo culpa de la crisis de autoridad, del desmoronamiento de las estructuras colectivas tradicionales, de la pérdida de puntos de referencia identitarios, de la afirmación acérrima en el individualismo, de la crisis de los modelos de representación política y hasta se lo vincula con la queja más pedestre sobre el poco respeto de los alumnos por sus profesores y los hijos por sus padres. Es interesante la reversibilidad en la valoración que contiene este diagnóstico, ya que aquellos argumentos que culpabilizan pueden ser los mismos que viran virtuosos. Sin embargo, pareció ser el motivo al que apelaba la nueva derecha europea para desacreditar toda forma de progresismo y poder asentar su supremacía en un ámbito metapolítico que la izquierda había abandonado hacía mucho tiempo. Incluso logra apropiarse y beber de su fuerza transformadora que traduce las consignas de cambio a su favor: “Revolución del respeto”, “La revolución de la alegría”, “Diálogo, no hay que tirar más piedras”, “Cambiemos”, “Cortar calles quedó en los 70”, etc.

Más allá de la perspectiva y la valoración del legado de los 60, en esos años comienza a ponerse en jaque el patriarcado, a transgredirse polvorientos tabúes morales y a liberarse tanto de dogmas marxistas-leninistas como de los conservadores como formas perimidas en un nuevo horizonte de igualdad. Las lógicas de mercado y del “sentido común” construidas desde el Neo-

liberalismo trocan el ideal esperanzador por objetivos de compra, han transformado a los sujetos que ideaban la emancipación en sujetos zombis deambulantes en el shopping y han trasladado el escenario de la política, de la calle a la pantalla.

En ese contexto de radicalización y pluralidad de demandas, surgen el feminismo, el situacionismo, el posmarxismo, entre otros posicionamientos más particulares que apuntaban a modificar costumbres enquistadas, y la proliferación de las movilizaciones sociales. También surgen nuevas contradicciones. Con las demandas de las multitudes, se acentúa el fervor por los derechos individuales hasta el punto de fagocitar los horizontes colectivos. Lo mismo sucede con el mercado. De tanto apuntar al Estado como fuente de opresión, inequidad e injusticia, con sus negros mecanismos burocráticos, centralistas y jerárquicos, instalando mediatizados métodos para hacer funcionar sistemas, el mercado lo termina usufructuando.

Cuando surge el movimiento feminista a fines de los años 60, se estaba en un contexto de radicalización que sedujo a sectores de la juventud. Algunos denominaron este movimiento “nueva izquierda”. Fuerza de





cambio que luego fue cooptada por otros propósitos que nada tenían que ver con los objetivos y el espíritu con los que había surgido. El capitalismo en modo neoliberal se torna flexible y más poderoso. Logra adaptarse a diferentes escenarios y discursos oscilando entre formas reaccionarias y progresistas según la ocasión. Esas formas progresistas del neoliberalismo recuperan ideales feministas. Desde luego, el feminismo no es el único movimiento que ha sido deglutido. Los discursos asimilan el aura libertario para enredarlo en imperativos de “libertad” y en criterios directos o solapados que terminan regidos por lógicas del mercado. En la progresiva tensión entre Estado y mercado, surge una pregunta: ¿cómo reconstruir un proyecto de igualdad de cualquier orden si se insiste con la organización y funcionamiento de un Estado que se ha estancado y un mercado cada vez más dinámico, creativo y diversificado?

Hijos de una generación saturada de sentido y dogmas, de conmemoraciones y solemnidades, como adultos se convirtieron en reproductores del escepticismo asimilando novedosas estrategias para asentar el sistema. Entre tantas lecturas que se colocan en un borde, en una línea que no es afuera ni adentro, se matiza con retóricas de la contradicción y la ironía. Entre ellas, pueden apuntarse dos películas de Bernardo Bertolucci: *Los soñadores*, del año 2003, y *Último tango en París*, de tres décadas antes. Dos historias de carácter íntimo tras coquetas puertas en los calientes días de las revueltas de Mayo del 68. En ambos filmes, Bertolucci desarma un mito, el mito de que

era posible refundar las estructuras colectivas para poder inscribir las nuevas individualidades. *Los Soñadores* no puede ser más escéptico y desolador. En el final, los dos hermanos abandonan a Matthew, el amigo norteamericano, en plena barricada callejera, optando por tirar una molotov casera a los policías. “Nosotros somos mejor que eso”, dice Matthew y les da un beso en la boca. “Tenemos esto”, y se apunta a la cabeza. “Tenemos esto”, y se apunta al corazón. “No necesitamos esto”, y apunta a la molotov. Los dos hermanos lo miran con desdén y deciden sumarse a las corridas y el revoleo. Se envuelven la nariz y la boca con un pañuelo mojado para defenderse de los gases, envueltos también en un sueño idílico de amor eterno e incesto. La cámara los abandona y se

fija delante de los policías parapetados con todo tipo de armas y defensas. Entre el humo ya se distinguen sus movimientos. Es el momento de la represión que marca el final del film, de la revuelta y del onírico propósito de cambiar el mundo. Surge la mítica voz de Edith Piaf entonando *Non, rien, de rien* acentuando el vacío: *No, nada de nada, no me arrepiento de nada. / Ni el bien que me han hecho, ni el mal, todo para mí es igual. / No, nada de nada, no me arrepiento de nada. / Está pagado, barrido, olvidado, ya pasó.*

Por suerte, *ya pasó* y lo que queda del *Mayo Francés* es la desacreditación del ámbito clásico de la política (la Asamblea, los partidos, los ministerios, los sindicatos) y la ridiculización de sus códigos tradicionales (la retórica, la pompa, la representación) mientras se enaltecen las lógicas económicas que lucen más libres, individualistas y creativas.

La desacralización sesentayochista se coloca frente a la historia como una brecha abierta al pensamiento nuevo. Esa apertura enlaza ese pasado con la actualidad para requerir otros debates y lenguajes. Otras categorías deben asomar para entender nuevas subjetividades que surgen en un paisaje todavía más volátil y visual. Prácticas y teorías estancadas y enmohecidas mantienen su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante años, impotentes ante las vertiginosas lógicas de mercado, el espacio alienado de los medios de comunicación y el rol del Estado, solo ofrecido para su desguace. Camaleónico como nunca, el capitalismo en su fase neoliberal se alimenta de los ideales del 68, esfumando lo sólido y profanando lo sagrado con espasmódicas tendencias suicidas. Todo muta, pero el sistema no muere. Logra realimentarse en el cambio. Desecha la idea de “historia monumental” que Nietzsche relaciona con la “historia de anticuario” de los archivistas, pero también se opone a la necesidad de elaborar una “historia crítica” juzgándola de dramática y pesimista.

Es probable que no pueda reconocerse ningún texto glorioso detrás de una gran manifestación, pero allí están los cuerpos juntos, trémulos de duelos, rabias y anhelos, cuya memoria se activa sin reconocer teorías previas. Es energía vital que transforma y puede alcanzar algo de una “historia crítica” con nuevos lenguajes. Una apuesta a contrapelo que debe reconsiderarse para una reconversión del mundo que aún queda por revisar y reformular, alertando de las variadas estrategias de renovado ropaje que mantienen sus antiguas estructuras para subsistir.

Consignas que se multiplican en las paredes de París:

NO HAY PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO. HAY ACTOS REVOLUCIONARIOS

LA BARRICADA CIERRA LA CALLE PERO ABRE EL CAMINO. Calle Censier, camino a la Universidad de la Sorbona.

LO SAGRADO: AHÍ ESTÁ EL ENEMIGO. Nanterre

LA IMAGINACIÓN AL PODER. Sorbona

CORRE, CORRE, CAMARADA, QUE EL VIEJO MUNDO ESTÁ DETRÁS TUYO

EL ACTO CONSTITUYE LA CONCIENCIA. Nanterre

SEAN REALISTAS: PIDAN LO IMPOSIBLE. Censier

NO ES UNA REVOLUCIÓN, MAJESTAD, ES UNA MUTACIÓN. Nanterre

NUESTRA ESPERANZA SOLO PUEDE VENIR DE LOS SIN ESPERANZA

